

# Espuela de Plata



## Sumario:

TRABAJOS DE Jorge Guillén. James Joyce. P. Ángel Gaztelú. José Lezama Lima. Gastón Baquero. E. Labrador Ruiz. Virgilio Piñera. Ramón Guirao.

Viñeta de René Portocarrero

---

LA HABANA.

:::

FEBRERO

:::

1941.

## Espuela de Plata

Todos los trabajos y traducciones  
de este cuaderno son inéditos

---

### Dirigen

JOSE LEZAMA LIMA  
GUY PEREZ CISNEROS  
MARIANO RODRIGUEZ

### Aconsejan

MANUEL ALTOLAGUIRRE  
JORGE ARCHE  
JOSE ARDEVOL  
GASTON BAQUERO  
EUGENIO FLORIT  
P. ANGEL GAZTELU  
ALFREDO LOZANO  
AMELIA PELAEZ  
RENE PORTOCARRERO  
J. RODRIGUEZ SANTOS  
CYNTHIO VITIER  
VIRGILIO PINERA

No se admiten colaboraciones  
no solicitadas.

---

Precio ..... \$0.20

Suscripción a seis números 1.00

---

Imprime:

SAMUEL CABRERA

IMPRESOS DE CALIDAD

Serrano 453 Tel. 1-6907

Dirija la correspondencia a:  
Trocadero, 162, bajos.  
La Habana Cuba

# Espuela de Plata

CUADERNO BIMESTRAL DE ARTE Y POESIA

No. G. --- 20 Cts.

LA HABANA

Febrero, 1941.

---

## Con Nieve o Sin Nieve

Ven a ver. La nieve  
Cae más despacio.  
El copo en desorden  
Se demora, blando.

Quede en su blancura  
La ciudad igual.  
Para mí varía  
Tu vivacidad.

Ya en este balcón  
Sonríe esperando,  
Ágil, pulcro, joven,  
El frío más claro.

¡Diáfana alianza!  
Frio con cristal.  
Los dos transparentes,  
Hacia la verdad.

Desnuda la vida,  
Revela brillando  
Su candor, que es nieve:  
A solas un astro.

¿El mundo es inmenso?  
Yo contigo aquí.  
En tu abrazo gozo  
Del sumo confin.

Mi fortuna quiere  
Guardarme soñado  
Por los ojos míos  
Tu amor inmediato.

¡Gracias! A soñar  
Tanto o más que ayer  
Con tu acogimiento  
Como una merced.

La nieve exquisita  
Se ofrece. Regalo  
Nunca merecido:  
Otro mundo intacto.

El cielo da cielos.  
¡Incesante don!  
¿Nieve? Yo la adora.  
Nos junta a los dos.

¡Nevadas cornisas,  
Posibles palacios,  
Tu amor en el centro,  
Y el mundo nevado!

JORGE GUILLEN.  
Montreal, 1941

## PROTEO (II)

(Traducción de Oscar Rodríguez Felis).

La corriente me sigue. Puedo verla fluir más lejos todavía. Vuelve entonces por el camino de Poolbeg hacia aquella playa. Trepó sobre los juncos y largas algas flotantes y se sentó en un escalón de roca apoyando su bastón en un

El cadáver hinchado de un perro yace tendido en el detritus. Delante de él la borda de un bote, hundido en la arena. Un coche ensabló, llamaba Louis Veullot a la prosa de Gautier. Estas pesadas arenas son palabras que marea y viento han depositado aquí. Y allí, los montones de piedra de constructores muertos, una guardiá de tráfugas. Esconde el oro allí. Tú tienes alguno. Arenas y piedras. Pesaroso de su pasado. Los juegos de sir Lout. Cuidado no te den un tiro por la cabeza. Yo soy el pozo sangriento en donde el gigante arroja todas esas piedras de pozo sangriento, huesos para mis estriberones. Fifofum. Huelo la zangre de un triánz.

Un punto, perro vivo, se hacía visible corriendo a través de la extensión de arena. Dios mío, irá a atacarme. Respeta su libertad. No serás el amo de otros ni su esclavo. Tengo mi palo. Sítatate tieso. Desde más lejos, viniendo hacia la costa a través de la marea encrespada, figuras, dos. Las dos marías. Se lo han arremangado bien entre los juncos. Al escondite. Te veo. No, el perro. Vuelve corriendo hacia ellos. ¿Quiénes?

Gaieras de los lochlanms vinieron a desembarcar en esta playa, en busca de botín, sus bajas proas de punta roja flotando en una resaca de peitre derretido. Vikings daneses, torces de tomahawks centelleaban en sus pechos cuando Malachi usaba el collar de oro. Una ribazón de ballenas encalladas en un ardiente mediodía, chorreando, atollándose en los bajíos. Entonces desde la janla de la ciudad hambrienta, una horda de enanos enchaquetados, mi pueblo, con cuchillos de desahadores, corriendo, escamando, cortando grasosa carne verde de ballena. Carestía, plaga y matanzas. Su sangre está en mí, sus codicias mis ondas. Anduve entre ellos en el helado Liffey, ese yo, un tonto, entre las balbuceantes llamas de resina. No hablaba a nadie: nadie a mí.

El ladrido del perro se acercaba, se detuvo, retrocedió. Perro de mi enemigo. Simplemente me puse de pie, pálido, silencioso, acorralado. Terribilia medítans. Un envidioso, bribón de la suerte, sonreía de mi temor. ¿Eso es lo que anhelas, el ladrido de su aplauso? Pretendientes: vive sus vidas. El hermano de Bruce, Thomas Fitz, gerald, caballero sedoso, Perkin Warbock, falso descendiente de Yark, con calzones de seda marfil rosáceas, maravilla de un día, y Lambert Simnel, con una cola de nans y vivanderos, un pinche coronado. Todos son hijos de rey. Paraíso de pretendientes entonces y ahora. Salvó a los hombres de ahogarse y tú tiembas al gañido de un perro sato. Pero los cortesanos que se burlaron de Guido en Or san Michele estaban en su propia casa. Casa de... No nos interesa ninguna de tus abstrusidades medioevales. ¿Harías lo que él hizo? Un bote estaría cerca, un salvavidas. Natürlich, puesto allí para ti. ¿Lo harías o no? El hombre ahogado hace nueve días lejos de la roca de Maiden. Están esperándolo ahora. La verdad, escúpela. Yo quisiera. No soy un buen nadador. Agua fría blanda. Cuando meto la cara en el agua de la palangana allá en Clongowes. No puedo ver! ¿quién está detrás? Sal pronto, pronto! ¿Ves la marea creciendo rápidamente por todas partes, cubriendo rápidamente los bajos de arena, dorada? Si hubiera tierra firme bajo mis pies. Quiero que su vida sea suya todavía, que la mía sea mía. Un hombre ahogándose. Sus ojos humanos me gritan desde el horror de su muerte. Yo... Junto con él hacia abajo... No pude salvarla. Aguas: muerte amarga: perdido.

Una mujer y un hombre. Veo su falda. Recogida con alfileres, me parece.

Su perro amblaba alrededor de un banco de arena derruido, humeando en todas partes. Buscando algo perdido en una vida pasada. De pronto partió como una liebre saltarina, las orejas tendidas, persiguiendo la sombra de una gaviota que volaba bajo. El silbido agudo del hombre hirió sus flácidas orejas. Dió la vuelta, dando saltos, se acercó trotando con zancas centelleantes. Un gamo en un teny de campo, saltarín, decoroso, sin astas. Se paró al borde de la marea con tiasas patas delanteras, las orejas ergidas. Su hocico levantado ladraba al ruido de las olas, rebasando de moras marinas. Serpenteaban hacia sus pies, ondulantes, desplegando muchas crestas, cada novena, rompiendo, chapoteando, desde lejos, desde más lejos, olas y olas.

Buscadores de caracoles. Vadearon un pequeño trecho en el agua y, doblegándose, zambulleron sus sacos, y, alzándose otra vez, salieron del agua. El perrc ladraba corriendo a su encuentro, parándose en dos patas y plantándose las manos, y cayendo sobre las cuatro, se alzaba otra vez hacia ellos en ruda adulación muda. Desatendido, se mantuvo a su lado mientras venían hacia la arena más seca, un jirón de lengua de lobo jadeando rojamente fuera de sus fauces. Su cuerpo moteado amblaba delante de ellos, hasta que partió tras el galope de un ternero. El perro muerto yace en su camino. Se detuvo, olfateó, anduvo a hurtadillas a su alrededor, hermano, oliendo desde más cerca, dándole vueltas, humeando rápidamente como un perro toda la sucia piel del perro muerto. Cráneo de perro, olfato de perro, mirando al suelo, se dirige hacia un gran fin. ¡Ah, pobre cuerpo de perro! Aquí yace el cuerpo del pobre cuerpo de perro.

¡Cochino! Sal de ahí, sato.

El grito le hizo volver remoloneando hacia su amo y una brusca patada descalza le lanzó immune a través de un banco de arena, encogido en el vuelo. Se escabió detrás de una curva. No me ve. Caminaba junto al malecón de piedra, vagando, olió una roca y alzando la pata orinó en ella. Trotó adelante y, alzando su pata, orinó rápidamente un poco en una roca no oída. Los placeres sencillos del pobre. Entonces sus patas traseras escarbaron en la arena: sus manos entonces hurgaron y cavaron. Enterro algo allí: a su abuela. Se hundió en la arena, hurgando, cavando, y se detuvo para escuchar al aire, escarbó la arena otra vez con la furia de sus garras, cesando pronto, un leopardo, una pantera, cogido en adulterio, desgarrando al muerto.

Después que él me despertó anoche, el mismo sueño ¿o era eso? Espera. Corredor abierto. Calle de prostitutas. Recuerda. Haroun al Raschid. Me estoy aproximando. Aquel hombre me conducía, habló. Yo no temía. Acercó su melón a mi cara: olor a fruta cremosa. Esa era la regla, dijo. Adentro. Ven. Roja alfombra extendida. Escoge.

Echándose los sacos al hombro, caminaron trabajosamente, los egipcios rojos. Por debajo de sus pantalones arremangados sus pies azulados sopetaban la arena viscosa, una desvaída bufanda color ladrillo estrangulaba su cuello sin aferrar. Ella le seguía con pasos de mujer: el rufián y su muerte vagabunda. Los despojos colgaban a su espalda. Arena suelta y cascajo se incrustaban en sus pies descalzos. Su pelo colgaba alrededor de su cara despellejada. Detrás de su señor, su compañero, bing awast, hacia Romeville. Cuando la noche oculte los defectos de su cuerpo llamando bajo su chal carmelita desde un pasadizo en donde los perros han cazado. Su amante está tratando con dos cocheros dublinenses en el O'Looghlin's de Blackpitts. Buss her, wap in rogne's rum lingo for, O, my dimber wapping doll. La blancura de una harpia bajo sus harapos rancios. Aquella noche en la callejuela de Fumbally: el cortidero huele.

La gran barriga de Aquino llamaba a esto morosa delectación, frate porospino. Antes de su caída Adán cabaige y no rodó. No le haga caso. No hay lengua ni

un ápice peor que la suya. Palabras de monje, rosarios farfullantes en sus cinturonas: palabras de picaro, duras peptias golpean acompañadas en sus bolsillos.

Están pasando ahora.

Una mirada de rojo a mi sombrero de Hamlet. ¿Si me desnudaran de pronto mientras estoy aquí sentado? No es así. A través de todas las arenas del mundo, seguida por la espada lamenteada del sol, hacia el oeste emigrando en carromato hacia las tierras de la noche. Camina trabajosamente, acomoda, arrastra su carga. Una marea que crece hacia el oeste, atraída por la luna, en su vigilia. Mareas de mil islas dentro de ella, sangre que no es mía, onopoa ponton, un mar vinoescuro. Contemplá a la sirvienta de la luna. En el sueño el signo líquido la hace feliz, la despierta. Lecho nupcial, cama, leche de muerte alumbrado por cirios. Omnis caro ad te veniet. El viene, vampiro pálido, sus ojos en tormenta, su murciélago vuela ensangrentado el mar, boca al beso de su boca.

Espera. Pon un alfiler en esa torura, ¿quieres? Mis tabletas. Boca a su beso. No. Deben ser dos de ellos. Pégalos bien. Boca al beso de su boca.

Sus labios palpaban y besaban descarnados labios de aire: boca a su vientre. Vientre sepulcral. Su boca se moldeaba espirando, sus palabras: oeeaja: rugido de planetas catarácticos, redondos, incendiados, rugiendo eueueueu. Papel. Los billetes de banco, vuéloslos. La carta del viejo Deasy. Deja ver. Dándole las gracias por la hospitalidad corta el espacio en blanco. Volviéndose de espalda al sol, se inclinó sobre una roca plana y garrapateó palabras. Esta es la segunda vez que me olvidé de coger papel en el mostrador de la biblioteca.

Su sombra cubría las rocas mientras se inclinaba, fin. ¿Por qué no sin fin hasta la estrella más lejana? Están allí oscuramente detrás de esta luz, oscuridad brillando en claridad, detrás de Casiopea, mundos. Yo sentado aquí con su vara de fresno de augur, en sandalias prestadas, de día junto a un mar livido, ignorado, caminando en la noche violeta bajo un reino de estrellas extrañas. Proyecto esta sombra limitada, forma humana ineluctable, la hago retroceder. Infinito, ¿sería mío, forma de mi forma? ¿Quién me observa? ¿Quién leerá alguna vez estas palabras escritas? Signos en un campo blanco. En alguna parte, para alguien, con nuestra voz más melódica. El buen obispo de Cloyne retró de su sombrero el velo del templo: velo de espacio con emblemas coloreados tirados en su campo. Agárrate bien. Coloreados sobre un plano: sí, perfectamente. Plano, ya veo, entonces pienso distancia, cerca, lejos, plano, ya veo, este, detrás. Ah, comprendes ahora: Caer de espaldas súbitamente, helado en estereoscopo. Un gatillo es el ardíd. Encuentras oscuras mis palabras. Oscuridad en nuestras almas ¿no es así? Más melódicamente. Nuestras almas, avergonzadas por nuestros pecados, se nos adhieren más todavía, una mujer adhiriéndose a su amante, más y más.

Ella confía en mí, su mano suave, sus ojos de largas pestañas. Entonces ¿por qué diablos la llevé más allá del velo? A la modalidad ineluctable de la visibilidad ineluctable. Ella, ella, ella. ¿Cuál ella? La virgen que miraba la vidriera de Hodges Figgis el lunes buscando una de las cartillas que tú has a escribir? Le dirigiste una mirada penetrante. Muñeca a través de la trenzada pinuela de su sombrilla. Vive en la campiña de Leeson, con pesadumbre y fruslerías, una dama de letras. Cuéntale eso a otro, Stevie: un chisme. Apuesto a que usa esos malditos ajustadores y medias amarillas, surcidas con lana gruesa. Habla de esos pasteles de manzana, piuttosto. ¿Dónde está tu ingenio?

Técame. Ojos suaves. Mano suave, suave, suave. Estoy solo. Oh, técame pronto, ahora. ¿Cuál es esa palabra que conocen todos los hombres? Estoy aquí completamente solo, también triste. Toca, técame.

Se acostó extendiéndose completamente sobre las rocas puntiagudas, embutiendo en el bolsillo la nota garrapateada y el lápiz, el sombrero echado sobre los ojos. Ese es el movimiento de Keving Egan que yo hice al recoger su servilleta, reposo sabatino. Et vidit Deus. Et erant valde bona. ¡Hola! Bon jour, bienvenido

como las flores en Mayo. Desde bajo la hoja contemplaba el sol del sur a través del graminde de las olas. Estoy cautivo en esta escena ardiente. La hora de Pan, el melodioso fáunico. Entre las lianas gomosas, frutos resumantes de leche, donde yacen las hojas extendidas sobre las aguas doradas. El dolor está lejos.

Y no caviles más ni te atormentes.

Su mirada caviló sobre sus anchos zapatos, los despejes nehenenander de un gamo. Contó las arrugas del cuero que el pie de otro había calentado. El pie que golpea el suelo en tripodium, pié que yo odio. Pero te encantaba que Esther Osvait te pusiera encima su zapato: muchacha que conocí en París. Tiens, quel petit pied! Fiel amigo, un alma hermana: el amor de Wilde que no se atreve a pronunciar su propio nombre. Ahora él me dejará. ¿Y el reproche? Como yo soy. Como yo soy. Todo o nada.

El agua del lago Cock se derramaba en largos lazos, cubriendo lagunas de arena verdederada, creciendo, fluyendo. Mi fresno se irá flotando. Esperaré. No, pasarán de largo, pasarán irritándose contra las rocas bajas, arremolinándose, pasando. Es mejor que termine este asunto cuanto antes. Escuchá: el discurso de cuatro palabras de la ola: síssoo, jrns, rsesst ooos. Respiración vehemente del agua entre serpientes de mar, caballos encabritados, rocas. Se vierte en tazas de roca: flop, slop, slap: encerrada en barriles. Y, gastada, cesa su discurso. Fluye arremolinándose, creciendo a todo lo ancho, hinchada de espuma, flor desplegándose.

Bajo la marea henchida veía los verbajos retorcidos alzando lánguidamente y doblegando sus brazos renuentes, levantando sus faldas, en agua murmurante que retuerce y cimbreaba tímidas frondas de plata. Día a día: noche a noche: alzadas, arrastradas y dejadas caer. Señor, están cansadas: y, cuando se les susurra, suspiran. San Ambrosio lo oyó, suspiro de hojas y olas, esperando, aguardando la consumación de sus vidas, diebus se nocibus iniursia patiens ingemiscit. Reunidas sin objeto: soltadas vanamente luego, avanzando, retrocediendo: presencia de la luna. Hastiada también a la vista de los amantes, hombres lascivos, una mujer desnuda resplandece en su frente, arrastra una red de aguas.

Allí hay cinco brazos. A cinco brazos yace tu padre. Dijo que a una. Le encontraron ahogado. Marea alta en la barra de Dublin. Nadando delante de ella el resto desprendido de un naufragio, aletas de peces, conchas inocentes. Un cuerpo se yergue blanqueado de sal por la resaca, flotando hacia tierra, un paso a paso, un puercito marino. Allí está. Engánchalo pronto. Aunque esté hundido bajo el suelo líquido. Ya lo tenemos. Ahora es fácil.

Saco de gas putrefacto empapado en agua inmunda. Un temblor de pececillos, grueso de un bocado esponjoso, agita su vientre abotonado. Dios se hace hombre se hace pez se hace carbunco se hace colchón montañá. Yo, vivo, respiro alientos muertos, piso polvo muerto, devoro un desecho urinario de todo lo muerto. Tirado sobre la borda exhala hacia arriba la fetidez de su verde tumba, su nariz leprosa roncando al sol.

Una metamorfosis marina estos lívidos ojos castaños. Muerte marina, la más dulce de todas las muertes que el hombre conoce. Viejo Padre Océano. Prix de l'aris: guárdese de las imitaciones. Pruébalo con sinceridad. Nos hemos divertido inmensamente.

Vamos. Tengo sed. Nublando. No hay nubes negras por ninguna parte, ¿verdad? Truenos. Cac resplandeciente, orgulloso relámpago del intelecto, Lucifer, dico, qui nescit occasum. No. Mi sombrero arrugado y mi bastón y sus mis zapatos sandalias. ¿Adónde? Hacia las tierras de la noche. La noche se encontrará a sí misma.

Empuñó el bastón, golpeando suavemente con él, rezagándose todavía. Sí, la noche se encontrará a sí misma en mí, fuera de mí. Todos los días tienen su término. A propósito ¿cuándo es el próximo? El martes será el día más largo. De todo el alegre año nuevo, madre el rum tum taidley. El lawn Tennyson, poeta

caballero. Por la vieja hechicera de los dientes amarillos. Y Monsiagr Drumont, periodista caballero. Gía. Mis dientes están muy mal. ¿Por qué será? Toca. También voy a perder ese. ¿Acaso debo ir a un dentista con ese dinero? Esa. Desdentado Kinch, el superhombre. ¿Por qué será eso, o significa algo tal vez?

Mi pañuelo. El lo botó. Me acuerdo. ¿No lo recogí?

Su mano tentó vanamente en sus bolsillos. No, no lo recogí. Es mejor que compre uno.

Extrajo de su nariz el moco seco y lo pegó en una roca. Para que lo vean los que quieren.

Detrás. Tal vez haya alguien.

Miró por encima del hombro, observante. La alta arboladura de un velero marchaba a través del aire, sus velas cargadas sobre los mástiles, regresando, corriente arriba, moviéndose silenciosamente, un barco silencioso.

JAMES JOYCE.

## Soy como un árbol....

Soy como un árbol bajo el verde halago de la lluvia.  
Todas mis raíces más se hunden a su numerosa música.

Las hojas mojadas por su fresca delicia y regalo,  
tiemblan palpando el don de tanto cielo entre las manos.  
(Del campo con el agua suben verdes columnas de olores.)  
Los pájaros estremecidos sorprenden de las gotas las más finas voces.  
Sus cantos ahora no suben al cielo. Sus cantos por el agua  
bojan el cielo de las ramas a las raíces del alma.  
Nuestras más hondas cosas despiertan iluminadas, con de un sueño,  
que nos sorprende al darnos lo que siempre fué nuestro secreto.

Soy como un árbol bajo el verde halago de la lluvia.  
Las ramas con las gotas inventan las arpas más puras.

Por todo el rumor numeroso que en la fronda las arpas suspiran,  
baja un nombre que al alma la deja dulcemente confundida.  
Por todo el rumor, por los círculos que las gotas al saltar dibujan  
se ciernen insistente y velado como la lluvia, como la música.  
Las hojas bien saben el dulce secreto que encierra;  
pero no lo dicen, porque en la música del agua sólo se calla y se piensa.  
Si ahora lo callan, es porque saben la activa función del silencio  
para regalar de gracia las voces y de viva claridad los sueños.

Soy como un árbol bajo el verde halago de la lluvia.  
(Mi tronco es de rumores un túnel y de sueños una columna.)

La lluvia riega y despierta los íntimos trigos del alma.  
Cada gota en cada grano su clara pasión engarza.  
Cada grano para la espiga una gota de sol incorpora:  
de sol, que con las gotas aprenderá luego de vivos fanales la fronda.  
A su encanto de alegre hermosura embestido saltará el campo,  
por escalas de plata más raudos subirán los cantos  
serán más bellas las hojas al estrenar su verde  
y todos los pájaros saldrán al aire más brillantes y alegres.

Soy como un árbol bajo el verde halago de la lluvia.  
Su música me moja de inefables sueños y dulces fábulas.

Son tan suaves sus labios, sus flautas tan puros sonidos resbalan  
por mis hojas, que soy todo oídos a la desnuda sensación del agua.  
Lluvia, lluvia, ¿qué me quieres decir con tanta insistente música?  
¿Dónde el cielo sellado del nombre, que tan suavemente pronuncias?  
Tan suavemente como sus racimos de oro las abejas  
de puro amorosos siempre goteantes de los troncos cuelgan.  
Tan suavemente su gracia me gana y embiste,  
que soy todo un vivo temblor de cielo indefinible.

Soy como un árbol bajo el verde halago de la lluvia.  
Al amor de mis hojas los pájaros pulen con sus trinos sus plumas.

Es ley vaya haciendo siempre dos contrarios caminos:  
dos caminos que buscan en lo contrario lo mismo.  
Por el que no se ve, no por invisible de menor linaje  
buscan en la tierra mis raíces hondas fuentes naturales,  
para que el otro, el verde que siempre busca el cielo  
pueda a su tiempo cuajar la viva flor en fruto cierto.  
Tal la ley de vida y los caminos de gracia del árbol.  
Ley que en la savia de la tierra suba a cielo de flor, fruto y canto.

Soy como un árbol bajo el verde halago de la lluvia.  
Aunque preso en mis raíces, soy una eterna voluntad de fuga .  
Pájaros picad las hojas, picad con las hojas las flores.  
Si ahora calláis por soñar, soñad con las gotas los soles.  
Pájaros picad con las gotas las flores, con las flores picad los frutos  
y luego a pleno sol lanzad al azul los cantos más puros:  
que en la más honda savia como en el más alto sueño  
encuentra la vida, como el árbol, su esbelta y clara razón de cielo.

Soy como un árbol bajo el verde halago de la lluvia.  
Por el agua sueño la viva imagen de la hermosura.

Angel GAZTELU. (Fbro.).

## EL PATIO MORADO

El paño morado de una prolongada tristeza colgaba de los largos patios, de las cámaras abullonadas que formaban el palacio del Obispo. En el centro el gran patio cuadrado parecía inundado de amistosas sombras desde la muerte de Monseñor. Los pasos fríos de los sacerdotes, que parecían contados por una eternidad que se divierte, lo atravesaban como el eco baritonal de un sermón fúnebre. Siempre había sido un palacio melancólico, no como son todos los palacios, sino con la melancolía que nos invade más que nos posee cuando contemplamos un surtidor de escarcha. Ahora era algo más que un palacio melancólico, una tristeza fuerte e invasora pesaba no como una sombra, sino como el crepúsculo que va quemando sus diminutos címbalos, sus últimas llamas ante la inversión de la lluvia tenaz.

El patio en el centro del palacio, y en el patio, esquinado, el loro. La humedad era imborrable: el que por allí pasaba después recordaba aquella frialdad en el calambre que ocupaba la punta de un dedo o que rociaba un buen fragmento de su espalda. Las paredes de aquel patio parecían intentar asimilar cada una de las lagartijas que manchaban su epidérmis; gigantescos sumandos de colas de lagartijas habían depositado un blando tegumento parecido al sudor del caballo. Todo lo contrario sucedía en las plumas del loro: —la humedad picada en uno de sus puntos por la tangente del rayo de luz producía un viscoso deslumbramiento.

La capa blanchada depositada en las paredes tendría el mismo espesor que lentas pisadas, en ocasiones rapidísimas, habían ido depositando sobre el suelo. Esas pisadas tenían tanta relación con la aparición de ciertos pensamientos, como el desenvolvimiento de la figura en el tiempo. Si es un paso lento, fraguado laboriosamente, un pensamiento espeso, impenetrable le va dictando casi en ondas marémoras su continuidad inalterable. Cuando el paso se hace más ligero, el pensamiento se detiene, busca apoyarse en los objetos. En ocasiones no logra apoyarse, sólo roza al pasar, o los roza tan solo con la mirada. Las cosas decisivas y concretas, —la jarra con heliotropos o el pájaro que conduce al girasol en su pico rosado—, tendrían que ser barridas con el tacto. ¿Una mirada es insuficiente para congelarlos en su carrera? No es la mirada enteramente lineal la que los detiene, logrando sólo producir una invisible malla que como el tufo del plomo detiene la oxidación de la sangre. El paso podía ser raudo, o casi inmóvil, pero las baldosas se contentaban con crujir como el misal que aun apretado levemente suena como la seda cuando el cuchillo la pulimenta sin rasgarla.

—“Las alondras del obispo” —, exclamaban los muchachos cuando penetraban furtivamente en el patio. Después muy cerca formaban una turbadora conversación. De pronto, se apartaba lentamente uno de los muchachos como si sintiera que lo llamaban del patio del obispo. Era algún encargo: traería agua con limón, o iría un poco más lejos a comprar hilo morado. Dos o tres de esos ociosos donceles muy raras veces prorrumpían en el patio, pero el eco diciéndonos que esa visita no era deseada se decidía a imponerles la separación. En realidad el patio estaba ocupado por tres misterios de indudable atracción: el eco, peligrosa divinidad, el loro y una jaula conteniendo las alondras del Obispo, situada frente a las babilónicas llamas que lanzaba el plumaje del loro. En la tarde, un hombre abundante de cédulas estrelladas que forman el tejido adiposo, con su voz como la de baritono castrado, abría la portezuela de la jaula. Algunas de las alondras a las que los años de prisión habían casi cegado permanecían inalterables, pero las más jóvenes buscaban codiciosas la luz. La más reciente de las alondras se apartaba de las que no deseaban salir de la jaula y del grupo más numeroso de las que se reunían

para la hora de paseo que les concedía aquel hombre gordo, rojizo, reiterado, que era como la caricatura que las sombras producían al apoyar sus pantuflas en los palios y en las cortinas moradas. La alondra marcada con un pequeño lazo amarillo para distinguirla de las demás, saltaba para posarse en los palos cruzados donde se apacataba el loro. Era una fiesta veneciana, un paisaje de arrozales en Ceylán, el momento en que el sol se subdividía en tal forma que parecía como si los animales, uno al lado del otro, rodeados por un halo de agua tornasol, soltasen diminutas fuentes, donde la maravilla no fuese el líquido chorro ascensional, sino la ascensión de los peces ocultos en el mismo chorro.

Otras veces el peligro era inverso. El loro se introducía momentáneamente en el centro de la jaula de las alondras. Entonces todo el color se iba reconcentrando en un punto que aumentaba hasta reventar. A su alrededor cada alondra parecía nadar en su canto, prescindiendo de aquel bufo de tan mal gusto que el loro colocabá, colocándose, en el centro de todas las alondras.

Esto hacía que el que entraba con precipitación en el patio del obispo, dudase, sobre todo cuando el sol se entretenía en sus cegadores manotazos, de la verdadera situación del loro y de la verídica extensión del canto de las alondras.

Un día de atmósfera tibia el loro se mecía tranquilamente, cuando un grupo de muchachos penetró en el patio. El portero observaba con sus ojos de refracción acuosa. Era el intermediario entre la inmovilidad del palacio y las cosas que pasaban en la esquina o en el café de la otra esquina; primero que nadie sabía cuándo había habido una reyerta en el café “El triunfo de Babilonia”, o cuando la policía, esto lo comentaba muy secretamente, se había llevado a dos muchachos, que él conocía desde pequeños por consumidores de drogas. No era que fuera un hombre de aventuras, sus maneras lentas y circulares le impedían los largos paseos. Conocía su barrio como Champollion un papiro egipcio. Y en él se revelaba todos los días un maestro silencioso que podía desenvolverse gracias a que nadie sabía donde estaba escondido ese enemigo delicioso. Inmóvil gustaba de contemplar cómo los más pequeños muchachos del barrio no se decidían a prolongar sus juegos, dejando en la misma mañana más sobrantes para las palabras transparentes, o las más rápidas comprensiones.

Aquel día los muchachos jugaban con un pequeño anillo de hierro donde habían engastado un pedazo de vidrio morado que la tarde anterior había saltado de una ventana, cuando esta había recibido la visita impetivista de una pelota en cuyo interior sonreía una tripta de pato. Ya el portero estaba acostumbrado a verlos entrar en el patio, al principio muy despaciosos, como si siguiesen con el oído los pasos de una codorniz atravesada en su garganta por la tangente del rayo de sol, viéndose al fondo las tubas del órgano del obispo. A esa hora la luz luchando con la humedad lograba una matización violeta, morado marino, sumando por partes designales una figuración plástica que le provocaría un sueño glorioso a un primitivo. Aunque el portero permaneció inmóvil, permaneció inmóvil era su ocupación predilecta, —gimnasia difícil a la que únicamente había llegado después de haber vigilado durante más de veinte años el patio del obispo—. Se había dado cuenta de que algo raro se hinchaba ante sus ojos, por lo menos su cara reflejó la extraña sensación que se apoderaría de ella el día en que leído el testamento del Obispo otorgándole un chapín, o aquellas flores de oro, que él sabía que no eran de oro, pero que colocadas en las paredes de su alcoba vinieran a ser como la península suave de una mano que nunca le había envuelto en las pesadillas ni en las más comunicas venturas.

Le poseía la agradable visión de que los muchachos no penetraban en el patio más allá de aquel punto invisible pero nunca cambiable en el que de pronto retemblaban y partían hacia la calle. Para su vida serenísimamente un pelliczo adquiría la dimensión de un globo de fuego y una jarra que oscilaba y cae era como un volcán que le hacía pensar con espanto sagrado lo que se derivaría si él hubiese tenido

familia en esa no precisada ciudad italiana. Pero no sólo prosiguieron su marcha, sino que a partir de aquellas columnas de Hércules de su prudencia, su marcha adquirió una finalidad determinada por días de anteriores meditaciones.

Dos infantes se destacaron del grupo. Dispensame esta descripción rápida e imprecisa. Uno de ellos existía tan sólo por sus ojos que parecían fijarse constantemente en el vértice de su ángulo de visión, pero aunque su haz de rayos visuales, cuya esperada coincidencia le comunicaba una espléndida alegría al trabajo de los ópticos—, convergían en el punto apetecido a semejanza de todos los humanos, los haces en este caso especial estaban tan tensos que surfan la influencia de la oscilación impuesta por la marcha. De tal manera que como sus pasos eran incesantes y violentas las necesidades de la carrera, sus miradas parecían de continuo agitadas y refractadas. Cosa para ser vista pero difícil de comunicar, muy semejante a los temblores que una pequeña caja de cristal, llena de alfileres y agujas, aún situada en la última pieza de la casa, siente cuando pasa el tranvía. El otro muchacho existía por su voz, de igual calidad que la perfección de sus años, un tanto burlesca con la indecisión, con la falta de continuidad de la voz de los adolescentes. Voz que no parecía producida por las entrañas, sino por los extraños oficios de la fluidez de un río breve y domesticado aunque se sabe de ajena y misteriosa pertenencia. El portero continuaba inmutable con la misma pesadez de la nube que mezcla a dosis iguales el barro y el esmalte blanco. Al principio los muchachos lo miraron de reojo, ahora lo colocaban en la categoría de la verja pintada de blanco para los bautizos, o de los escarpateos toscos donde se guardaban las casullas de los días de ceremonia mayor, una de ellas, de seda blanca combinada en tal forma con hilos plateados que producía al ser contemplada una sensación cremosa, enviada por León XIII. Los dos muchachos ya no miraban hacia atrás, empezaba una labor donde la punta de los dedos estaba impulsada por la rapidez de las miradas. Junto con el anillo de hierro enarbolaban una finísima tira de lino. Rápidos los dedos apresaban las paticas del loro que estaba en su trono de melodía —las dos maderas cruzadas eran suficiente para construirle un albergue señorial—, ostentando una siesta impenetrable, único momento en el que no miraba la jaula de las alondras, para poner allí después de todo un poco de necesaria confusión. Mientras uno de los muchachos procuraba estirar la fina pata del loro, el otro lograba hacer un lazo con la tira de lino de donde pendía el anillo de hierro. Miraban al portero no para ser impedidos, sino para comprender que haría después que ellos se hubieran retirado. Permanecía el portero inmóvil sin asentir, ni reaccionar. No se sonreía, pero tampoco se levantaría para sujetar entre sus manos aquella bruhida pata de loro y deshacer con una gruesa decisión, toda la labor breve pero conducida por una graciosa indecisión. Unos golpes leves, una mano que convierte en escala las paticas apresadas, cae el anillo de hierro y la tira de lino lo retiene. Significaba ese pequeño lazo en la vida del loro una perspectiva limitada. La tira de lino del loro se había enroscado en el palo que lo sostenía, adquiriendo una nueva feria de diversión. Daba un pequeño salto aventurero, y caía en tal forma que el anillo de hierro se le introducía en una de las patas, mientras que con un golpe de ala lograba asirse totalmente de la tira. Era un movimiento violento, no lo podría prolongar mucho tiempo, pero se podía observar que tenía el loro un regusto en aventurarse, en acometer aquella pequeña traviesa. Con ese pequeño riesgo borraba la monotonía de las tardes, pues el sol en constante refracción sobre las plumas del loro, provocaba breves incendios de colorada plenitud que le impedían quedarse adormecido, sin que instantáneamente viese como precisos alfileres venían a revolver primero —cartografía impresionista—, y a clavarse después, —estructurada saeta del Chtrico—, con la precisión de un corolario en una tumba de hielo, mas que en la carne en aquel delicioso abultamiento que rodeaba el globo óptico del loro. Se encogía con movimientos tardos que solo el calor tornaba disculpable, caía sobre la pequeña tira de lino, de la

misma manera que un anciano cuya adolescencia transcurre entre elegante competencia de natación y que ya en la hora de su muerte al apoyarse en la eternidad, le naciese una vejiga natación que favoreciera su entrada en un mundo desconocido pero suavizado por el recuerdo de sus gestas marinas de tal modo que su alma no sentía la violencia de la despedida de su cuerpo, sino siguiere apoyándose en un punto intermedio de líquido equilibrio y buscando un punto final de reposo en la misma y última dirección de la ola.

Uno de sus atrevimientos más vistosos, mostrado casi siempre antes de irse volando a la jaula de las alondras, consistía en dejar repentinamente el toco trapeo en que se apoyaba, buscando alcanzar el anillo que colgaba de la tira de lino. Cuando lo realizaba lo apretaba entre sus dedos y prorrumpió en un grito mate. A causa de la sacudida nerviosa perdía aislados grupo de plumas, pero lucía con obstinación furiosa el anillo apretado, y después desentumecía, lo soltaba como si sus dedos se hubiesen rodeado de un fango blanco, y esbozaba, desinflando sus plumas, un gesto de entontada satisfacción. Otras, las menos, no lograba que al cerrar los ojos y saltar sus dedos apresaran el anillo, cayendo al suelo, manchándose cubriendo la silenciosa ebullición de sus plumas de escoriaciones, adherencias arcillosas, como si de pronto desapareciese en una civilización antigua el culto al sol porque unos guerreros enanos y zambos, distrayesen sus noches fabricando unos ídolos con el fango sagrado de un río ancestral. Pero manchadas sus plumas, sonando como la palabra de un reloj su rísa espesa de delantal con viandas groseras, tendría que salvarse en el coltaria de carne fatigada que rodeaba su ojo, ya que al refractarse con la tangente del rayo de sol, avivaba el carbunclo de sus plumas, logrando el rebullido necesario para producir la visión. Su ojo de carne desgastada y venerable, el alba de sus plumas que aún guardaba adheridas gotas de fango, hasta el momento en que las patas se crispaban eran su lujo potencial. Y de pronto el genio solar pulverizando, destruyendo momentáneamente aquella ave sin gracia, transfirgándola, quedando tan sólo después de ese deslumbramiento su nariz que cae y sus dedos crispados que han fracasado de nuevo, que no han encontrado en el abismo el anillo de asidero.

El mismo sol al lanzarse sobre unos rastros que crecen en las paredes del patio, produce un círculo donde predominan paradójicamente los colores de la humedad, acentuando los islores violetas, pequeños pinares y florecillas de alambre pascual.

Así continuaba aquel juego y así también todos los días visitaba el café de la esquina, a una hora especial alejada de las vulgares del desayuno o de la merienda. El hombre que sin ser leproso se tapaba la cara con un periódico; el que realizaba el milagro extraordinario, pero cotidiano y humilde de fingir el líquido posando sus labios sobre un cristal; el que intentaba leer el periódico por encima del hombro de su vecino, sacudiendo indolentemente la ceniza de su cigarro sobre una consumida taza de café; el que cuenta mentalmente los pasos de un balcón cerrado y pregunta la hora con sílabas largas. Todos juntos en una hora especial convirtiendo el vulgar café de la esquina en el barco fantasma o en el tirrimre que con la proa incendiada hace más de cien años que continúa su travesía.

Atravesaba el patio, la rapidez con que lo hacía borraba la sensación de deslizarlo, lo que recuperaba por el silencio con que ganaba la gran puerta, aumentándola después cuando ya en la calle no entornaba los ojos ante la soberbia de la luz. Seguía su deslizamiento ante la tediosa linealidad de la calle que se insinuaba frente a él, pero no sentía ningún afán de apoderamiento, de justificación. Llegaba hasta el café. Los extraños y divertidos personajes que allí se encuentran no se movían ni estaban ansiosos de integrar nuevas combinaciones. Helados, muertos dentro de un tiempo, podían parecer wilhins brestones, normandos, que seguran los rasgos en la nieve de una expedición perdida. El hastic formaba la niebla espesa y metálica y la ceniza que se fracturaba del cigarro igual podía ser



una orden de muerte que una mancha brusca de abandonar aquella piedra del hastío en un lago de fango blanco. Entraba el portero en aquella inmóvil fauna, cambiaba unas palabras rápidas con el hombre que servía y penetraba de nuevo en el patio. En ese momento el loro lucía sus ojos blandamente cerrados y dos niños de túnica bermeja penetraban en el patio para ver furtivamente el lenguaje de las manecillas del reloj. Extraño personaje que también ocupaba aquel patio, pero con una solemnidad tan superficial que nos gana la mención, pero no la mención honorífica que reservamos íntegra para el loro y para el portero, frenético amante de los secretos íntimos.

A veces en sus pasos demasiado ligeros se esbozaba la sombra de una explosión. Sus vespérales excursiones al café estaban unidas a un deslumbramiento: a una hora fija esperaba un blando cometa amable. Un suave crujir de sedas y morados rebrillos y por la escalera lateral descendía Monseñor. En ocasiones el descenso era solitario, pero casi siempre algún acompañante obstinado en cuchichear al oído de su Eminencia le acompañaba. Al pasar por su lado, él se curvaba radicalmente. Monseñor, con una voz semipausada le decía: "Puedes ir". Esas palabras lo impulsaban, no se ponía en marcha hacia el café con el paso mascarullado de las otras ocasiones cuando esa palabra no caía en sus oídos agrandándose como el apacible ocio de una flauta. Cuando se acercaba el atardecer esperaba siempre esa visión. Se repetía con continuidad esa sensación tibia y perfecta, y entonces su intranquilidad se mantenía pensando en los días desolados y vendedores cuando Monseñor pasaría por su lado sin decirle la frase que lo colmaba. Dos o tres días en que la para él cegadora visión olvidaba decir su frase, y el día en que la oía de nuevo le parecía que entraba en un sublimado parate regalado. Pero esa visión llegaba a límites extremos y curiosos, cuando coincidía con la entrada del loro en la jaula de las alondras. Llegaba entonces con el "puedes ir" pegado a la oreja como una tapa sometida a las leyes de la ebullición, al café de la esquina. Esas sensaciones superpuestas al principio, y después agitadas y confundidas, le producía la agradable atmósfera de vivir un secreto inexistente, sin principio ni fin, rocío o grosera adhesión, bastante a producir en el dormido una locuecidad progresiva y peligrosa, hasta que lentamente vuelve a caer en su clausura de interminable extensión.

Ya era la tarde y el portero se dirigía de nuevo al café de la esquina, que era como ya dijimos anteriormente, para un portero guardador del patio morado de un obispado como convertirse en el tripulante último del buque fantasma. "Puedes ir, café de la esquina, tira de lino, anillo de hierro", se habían convertido en él en ásperas y zumbadoras mitologías, en carretas trasladadoras de ciudades. Aislaba siempre la magnificencia de ese "puedes ir", como un filólogo que subraya el acierto de los patronímicos honoríficos: "el domador de potros, el de la larga nariz, el que ciñe la tierra". Vió como por el extremo de la calle avanzaba una inundación, que los infantes furtivos que entraban en el patio a ver la hora o a colocar en la pata brufiada del loro la tira de lino, se zambullían, saltaban, parecían ir desenrollando la inundación, prolongándola en fragmentos menos peligrosos, o ya peinando las aguas que avanzaban levantaban cortos remolinos. Abrió la boca al sentir la extraña descarga que receptaba y se despidió. Ágiles y silenciosos los muchachos lograron arastrarlo hasta la gran puerta que protege el patio morado. En la otra esquina otro grupo se reía lenta y suficientemente. Después por la noche lucía en las habitaciones más infiores la iluminación que era de ritual. Solamente lograron encontrar una mancha ya vieja, que sin haber sido nunca usada parecía haberse consumido en muchos otoños secretos.

Pero fue otra la suerte de la cotorra. Sus miembros se despezaron, aun más crujiéron algunas articulaciones. Creía que su fuerza para el vuelo sólo le duraría lo suficiente para llegar hasta la jaula de las alondras. La inundación avanzaba sin sobresaltos, ocupando el gran molde que le estaba señalado, con la misma tran-

quilidad con que un artesano vierte sin medidas previas la suficiente cantidad de bronce en el molde que va adquiriendo la curvatura de un brazo o el torneado de un pie que puede ser de una Diona o de una galga rusa. Las nubes eran impulsadas por un viento que las obligaba a tomar figuras groseras: un coche, un estable, una barcaza de Sorolla. El viento que al llegar al patio del obispado se arremolinaba y parecía jugar con los mantos, convirtiéndolos en la tienda de un circo visto el único día del año en que el elefante furioso rompe todos los postes sostenedores, descansando después en una inconfundible calma, sin ver siquiera los destrozos causados. Una estremecida potencia recorría al loro otorgándole un poderoso don de vuelo. Durante tres noches la impulsión no cesaba, sin contemplar siquiera que ya solo volaba sobre una extensión ocupada por un coro de rocías y sobre un mar apagado donde las olas se sucedían a las olas como los invisibles lamentos de una naturaleza enfría. El ave sin gracia caía en el momento en que la envoltura de la ola la recogía suavemente. Todo parecía indicar que aquella sucesión de elegantes curvaturas la depositaría en un banco de arena hasta el final de sus días. El cuerpo de la cotorra un tanto relajado por la violencia frenética de la marcha impuesta, había perdido sus coloraciones y se había declarado impotente para refractar la esbeltez del rayo de sol. Calzaba de su pata, más morada por la falta de circulación que brufiada por el cuidado del portero, la misma tira de lino que sostenía el mismo anillo de hierro. Recordaba que había sido un sostén y un inicio de juego cuando saltaba para apresar en sus dedos el anillo, cayéndose, pero mostrándolo en otras ocasiones acompañado de un grito mate, ridículo y aplastado, mientras su ojo se irisaba con todos los cambiantes de una furia tenebrosa. Podía comenzar de nuevo su diversión, solo que las rocas en torno vendrían a reemplazar la jaula de las alondras. La experiencia del largo vuelo le acuciaba la temeridad. Sostener tan solo entre sus dedos el anillo de hierro le parecía pequeña proeza al alcance de cualquier Walhalla. La decoración imponente exigía la variabilidad respetable, un hecho que a todos conveniencia. Dió su salto de siempre, con poca destreza y estirando sus dedos para aprisionar el objeto en la brevedad de aquel espacio saltado, introdujo el cuello en el anillo, y como antes en apretarlo entre sus dedos, quería ahora el garbo de su cuello a través de aquel límite de hierro. Sus músculos, sus definiciones, la brevedad de su cuello tenía que lucir aquella última adquisición. Pensaba que su cuello estaba hecho para el anillo, dada la tendencia de sus patas para crisparse. Aquella tramoya wagneriana hecha con grandes armaduras de cartón requería el sacrificio de su cuello para atrapar el anillo caído. Como un rey que se inclina quedaría el anillo en su cuello. No resonó el acostumbrado grito mate después de cada una de sus proezas. La curva del oleaje fué modificada por la ola siguiente, conduciendo el cuerpo inservible del ave retadora, depositándolo en el coro de las rocas. La continuidad interminable de la espuma en aquel confin frío e inanimado ha venido a reemplazar a la jaula de las alondras que antaño atolondrara el loro, manchando la callada perfección que de noche lucía el patio del obispado.

JOSE LEZAMA LIMA.

## Soneto a la Rosa

*Rises from the rose-ash  
the ghost of the rose.*

*Francis Thompson.*

*Rose leaves, when the rose is dead...*

*Shelley.*

Gravemente la frente da a la rosa  
un universo mudo en que fulgura  
la rosa oculta en la yaciente rosa  
y la forma silente que inaugura.

Apenas con morir, voz silenciosa  
eternizada en súpave apoyatura,  
alza la rosa músicas de rosa  
para el cielo infinito que la apura.

¿Cómo, dolor, la rosa vuelve a rosa  
bajo el amargo esquema de la impura  
rosa yaciente en apagada rosa?

¿Cómo habita la zona más oscura  
para llegar al cielo y silenciosa  
volcarse en música y volverse pura?

¡Oh dulce espejo de la eterna rosa!  
Hacia la nada vas, y en la procura  
del árbol de la nada —hija rosa—  
la forma de tu ser se transfigura.

## Ifigenia en Aulide

El viento, siempre el viento detenido  
mas lejos que las naves presurosas;  
todo el clamor se rinde perseguido  
por implacables voces tenebrosas.

La sangre con un mar, como un gemido  
comienza a incorporarse rumorosa  
la playa se traspasa a cielo conmovido  
que albergara a una tropa silenciosa.

Y el cuerpo de Ifigenia entre la blanca  
señal de aquella muerte que es mas breve,  
ya comienza a ascender, ya se levanta

sobre el prado sonoro de su nieve:  
el viento, el viento eterno libertado canta  
desatando en la corza el paso leve.

GASTON BAQUERO.

## PETRUSCHKA

Habiendo dejado de tomar los cacodilatos en tres tardes o más, Petruschka me decía que todo nos llegaba a favor de los descuidos pero que sin embargo todo estaba bien reglamentado como en un sueño perfecto fabricado de incesantes mareas.

No era que me disgustase la tardanza lógica de la hora, ese ir a descansar casi de día, irremediablemente entre cinco y seis de la mañana, cuando una madre aun nos esperaba sin pegar ojo sabiendo que nuestro vagar carecía de un objeto concreto, de un sentido de displicación que otras veces se preñaba de motivos.

Lo mismo que ese banquete a que fuimos conducidos suavemente, ese banquete que nos ofreciera un político amigo de la familia y un reportér beneficiado de la situación; ese banquete donde intervino cierto arrogante militar y los recuerdos de los años mozos del político y del reportér cuando ellos se hicieron de la poderosa amistad del filósofo —amistad que nunca les valió para nada, según ellos—, a fuerza de comprarles billetes enteros cada sorteo.

El militar había dicho que el resorte de la fuerza se impersonaba colectivamente en las milicias, no así el resorte de la razón venido a menos periodísticamente por la competencia de la radio, debilidad aquella que era un reflejo del malestar político reinante.

De todos modos a los postres mientras yo quería dar fuego a mi tabaco la mesa se fué quedando sola, sola, y yo me vi más tarde a la salida del "club" sin un coche que me condujera a casa ni nadie que me dijere dónde encontrarle.

Anduve como de costumbre de aquí a allá buscando el sitio en que podía tomar el tranvía cotidiano de regreso, acordándome cómo el político dijera al reportér que estableciese un salón de barbería en la calle de Obispo, con precios convencionales, pues no se podía seguir cobrando los abusivos precios de lujo en una calle que había venido tan a menos. El reportér, que empezó de barbero en el periodismo, discutía los extremos y se reafirmaba en la idea de seguir cobrando igual que los otros, caso de que se decidiera a establecer el salón.

Así fué como di otra vuelta a la manzana y encontré a Petruschka buscándome, no deliberadamente, sino en una vaga premonición de mi ambular por aquellos contornos. Dándonos de las manos fuimos hacia la esquina de la acera donde siempre han de pasar los tranvías y entonces todos pasaban sin detenerse ni hacer caso a nuestras señas; y cuando uno se detuvo muy en contra de su deseo, vimos que no nos convenía, pues su ruta estaba terriblemente lejana a la ruta de nuestro viaje: Shanghai—Parque Central.

Por acortar camino echamos a andar como quien anda hacia su estrella, hacia su vaga estrella preconcebida por un astrólogo en la niñez. Y nos metimos por tierras incultas y caminos fangosos pero todo dentro de la ciudad; un trecho de selva ruinosos con jaramagos donde el perfil de una cornisa demasiado alta incidía con el barro del arroyo evidentemente demasiado bajo; un jirón de luz que escamoteaba tinieblas y las hacía reaparecer; otras nitideces empañadas, ¡qué sé yo!

Y díjome la pobre para consolarme:

—No temas, corazón, yo te limpiaré mañana los zapatos. Eso es escarcha y eso otro... carámbanos..., carámbanos de la nieve.

Y empezó a detenerse a ras de una cerca de pifa y a mover los brazos pequeños con deseos de desmoronar aquel valdiar inconcútil, cuando comprendí que su manía

destructora iba en seguida a manifestarse: la cerca de paja, una cerca de paja muy entrevista en mi juventud y cuya particularidad más manifiesta era echar leche si se le cortaba creció ante el impulso abrumador de Petruschka con fuerza natural; es decir, se hizo más compacta y defensiva, entretejé sus hojas acantonadas y su armó de irresistibles pajas vegetales.

Pero ni un carro venía por ninguna parte y entonces empezamos a comprender que nuestra tardanza en volver a casa ya era cosa ineluctable, que nunca podríamos volver a casa antes que fuese de día en todo el resto de nuestra vida y que la manía destructora en cualquier momento haría lo suyo.

La marea incansante nos bañaba y queriendo romper ligaduras nos atábamos más y más. Unos recuerdos tristes de nuestros amores cayeron por allí: el niño muerto vino con su rostro informe, ¡tan pequeño aún!, a reclamar de nuestros pechos cierta constancia de recuerdo no muy acordada por lo común. Y Petruschka me dijo que ella, por ser su madre, lo veía siempre dormido en su regazo pero que me evitaba esa penosa diluzura de recordar para no recurrer a mi mal humor de hepático.

—Cierto, cierto —le contesté—, ¿pero cómo hacemos para que podamos estirar las piernas en este trance?

Nos habíamos metido en una calle muy hundida, anegada toda ella de lodo y podredumbre. Una llovizna irritante venía cayendo desde horas y el barro pegadizo paralizaba el pié por entre aquellas esculentas lunas caídas que balloteaban abajo.

La manía destructora de Petruschka —y la mía— puestas de acuerdo hubieran barrido todo el barro hacia los mismísimos infiernos a punto que concertásemos una vuelta inmediata a casa.

Pero no podíamos volver; ¡era imposible volver! Queríamos quedar allí con los miembros entumecidos pegados a las cosas circundantes, tumbados en cualquier rincón o simplemente en pié con ganas de destruirlo todo, mirando pasar con satisfacción los carros que no nos servían, deseando que la noche no acabase, que la noche fuese infinita, mas eso sí, pura; una noche sin alcohol ni copiosa comida, toda ella anudada de abstinencias y oblaciones para conformarnos espiritualmente hacia la imperiosidad de un desayuno perfecto donde el pan fuese hostia consagrada y la leche, hasta donde es posible, sangre redentora.

El repórter hablaba con el político y el militar arqueaba el pecho, todo detrás de la cerca de paja. A veces caía una sombra momentánea y un rostro, el de mamá, amasaba una larga angustia razonadora como diciendo: "Aunque lo comprendo bien, hijos míos, ¿por qué no venís ya?"

Pero no era posible escarbar una respuesta en nuestros pechos. Hacía falta perder esta noción de residencia, de fijeza, de responsabilidad, de sujeción terrena y no sabíamos a causa de qué. Lo bueno hubiera sido no dejar de ir —por ella, por mamá—, pero haber ido de otro modo —por nosotros—, singularmente por mí que ya empezaba a comprender las limitaciones de unos delirios irremediables.

Estos delirios son como sueños que me aquejan agujerándose el cerebro y de los cuales sueños despierto postrado; y son sueños a ojos abiertos con toda la percepción táctil y olfativa más imminente. Podría decir si tuviera paciencia hasta el color de las flores que balancea un pedazo de jardín entrevisto a medianoche, cierta cadencia del matiz de ciertas nubes... una birria de bermellón celeste, la refracción de la luz en la punta de mis zapatos —¡tan dramática!— y cómo se quiebra la mirada medio beoda del policía cuando nos ordena con voz arrastrada: —¡Andando, tórtolos! Circulen...

Así se vino sobre nosotros, entre estos sueños, el camión que conducía troncos de árboles.

Petruschka le llamó porque ya yo no podía y nos trepamos a él bajo la lluvia en la Plaza de Albear. Ningún sitio medianamente posible para guarecernos. El muchacho que conducía, díjome:

—La señora puede meterse aquí adelante y usted, joven, mire como se acomoda... ¡Lo siento!, pero no hay más...

Me coloqué como pude, muy holgadamente por cierto, agitando una varita de Fresno como si fuera un bastón de mariscal o ese baculo de obispo que ya no se vé sino en las estampas antiguas y que uno, cierta noche, no se sabé por qué, quisiera fumarle.

Petruschka dijo que encontraba bastante felicidad en tocar madera virgen y haciendo caricias al corazón de una caba me regalaba miradas de infinita ternura.

El ayudante me previno que no era aquel precisamente el sitio en que yo debía ir, pues al primer movimiento de embriague girarían los troncos y me cogerían en medio, precisamente por la parte de la cintura. Yo me aparté para colocarme un tanto mejor, bajo la lluvia, entre los maderos bien olientes, mientras Petruschka me sonreía porque volvíamos a casa.

El político y el repórter, huyendo sus brevas, paseaban la calle a esa hora sin transite alguno... "Una barbería decente, ya usted sabe, requiere cosas..." "Por supuesto; sólo que hay que cuidar de no subir, a pesar de todo, los precios del corte de pelo y rasurado".

Nuestro camión abocó en seguida a una alcaoba azul, compacta de tules, y Petruschka empezó a acariciar todos los árboles que le quedaban al paso, declarando que era un milagro encontrar tan tibias las cortezas de los pinos, ¡tan tibias y tan poco resinosas por aquel tiempo!, ella, que no conocía nada en tal materia.

Realmente el tiempo era malo, húmedo; un tiempo vuelto de revés para nosotros que le sentíamos acolchado y blando. La alcaoba azul se tachó de estrellas dulces, de guirnaldas estremecidas y pareció de pronto una alcaoba de novios sonámbulos, de novios extrañamente ingleses, en un parque, bajo el delgado estío.

Pero el carburador del camión lanzaba un tufo hediondo y era un carburador característico que parecía la minerva de una imprenta de pueblo. Aquel tufo hediondo ofendía a la naturaleza y yo sentí cómo mis manos intentaron degollar al ayudante que con aire chocarrero se burlaba de las coterras decentes que no admitían ciertas risas por allí.

La marea incansante me bañó con su resaca de clauuro la parte más ardorosa de mi entraña violenta —esa oculto entraña que uno lleva para usar en ciertos momentos—, y ya no tuve más remedio que gritar:

—¡Petruschka! ¡Petruschka! Quitame de los ojos esta alucinación o todos hemos de morir. ¡Petruschka, haz algo por nosotros! ¡Fíjate en nosotros! ¡Petruschka, mira para el ayudante!...

A tiempo que Petruschka besaba al conductor y no hacía caso de mis palabras. ¡Qué besos, qué besos, qué besos aquellos!

Cayeron otras gotas de agua, verdaderos goteros de fuego y entonces Petruschka se fué esfumando por detrás del bosque, entre los tules y algarrobos, temblorosamente, hacia donde el sol nace, dando saltitos como un pájaro y como un pájaro desflorando la aventura infinita del cielo.

Así fué su cuarta o quinta muerte mortal y verdadera, profundamente estudiada y premeditada y sin embargo tan imprevista como la presencia del Emperador en un baile de máscaras; la cuarta o quinta vez que se me iba de entre las manos con un aire absoluto de irremediable ausencia; la cuarta o quinta partida en sueños hacia la verdad que llaman inmutable... la perfecta y transitoria evasión a que ya me tuviera acostumbrado y que yo conocía después de todo por los singulares episodios con que ella llenaba el espectáculo físico de su hecho.

Enrique LADRADOR RUIZ.

# INVENCION

-I-

## ICARO Y EL SOL

¡Pero qué aire de gozo! ¡Qué locura  
en el aire su regalado vuelo!  
¡Qué fino nervio de pluma  
en el aire cautivo! ¡Qué revuelo  
el salto de la sangre le procura!  
Solicita la distancia  
con invitado ardor. Sincopa al viento  
su matizada constancia.  
El artificio paternal nevado  
conduce por leves brumas  
al sideral viajero enamorado.  
Advierten voces con dolido acento  
la desamparada suma  
de inflamadas espumas. Perseguido  
se mira musical fragua;  
escucha la viril arquitectura  
del mar pulsando sus aguas.  
Solares sistros de callado juego  
mueven dorados conjuros  
por viento elemental estremecido.  
Fuego en círculos impuros  
laberinto de pérfida hermosura  
la metamorfosis fragua:  
cruel devuelve un pájaro de fuego.

¡Pero qué aire de gozo! ¡Qué locura  
en el aire su regalado vuelo!  
En el aire cautivo, qué revuelo  
el salto de la sangre le procura!

Con invitado ardor sincopa al viento  
el artificio paternal nevado:  
al sideral viajero enamorado  
advierten voces con dolido acento.

De inflamadas espumas perseguido  
escucha la viril arquitectura  
solares sistros de callado juego.

Por viento elemental estremecido  
laberinto de pérfida hermosura  
cruel devuelve un pájaro de fuego.

¡Qué fino nervio de pluma  
solicita la distancia!  
Su matizada constancia  
conduce por leves brumas.  
La desamparada suma  
se mira musical fragua.  
Del mar, pulsando sus aguas  
mueven dorados conjuros:  
Fuego en círculos impuros  
la metamorfosis fragua.

Virgilio Piñera.

# VIDA DE NIÑO

## PRIMER RECUERDO.

Debía ser muy pequeño, pequetísimo. Recuerdo, con emoción y exactitud, que mi madre se acercó, alarmada y cariñosa, me tomó en sus brazos, y pidió no sé qué medicinas urgentes. A poco de despertar, me sentí sosegado, libre del sueño inquieto y triste de la calentura, como si la conciencia de mi madre de aquella angustia, y su solicitud y estado de ánimo propios de las circunstancias, hubieran brindado a mi delicada naturaleza amparo y protección verdaderos. Supe después que sus palabras, acompañadas de gestos y miras oportunos, no son para dichas por una mujer a un hombre, sino por una madre que tiene en su regazo un poco del dolor de su sangre. Siempre irá de mi mano, vida adelante, este recuerdo de mi primera noche de angustia.

## SEGUNDO RECUERDO.

Mi madre, recta y dulce como un ciprés, gustaba vivir cerca de la tierra. Solía quejarse de que no tuviéramos primavera, sino la misma luz siempre, y el aire frío y caliente de invierno o verano. De mañana, regaba un pequeño jardín de rosas y yerbabuena. De tarde, a mi llegada del colegio, la veía de nuevo cuidar con esmero y atención sus macetas, "bellas como un sol", que así decía ella en cada oportunidad y a tiempo. Más íntimamente, con la ayuda necesaria de mi padre, elogiaba la variedad y riqueza de la huerta murciana, donde se conocieron y amaron. Mi padre, como sabéis, era cantero, y caminaba con la cabeza inclinada levemente, con ese gesto blando con que suele vencer la tierra el impulso del agua de las fuentes y la rama cargada de los árboles, para contemplar mejor el milagro de sus pasos. De este apego a la tierra, de este gusto o regusto de vivir en comunión y con los pies clavados en ella, he nacido yo con la cabeza a nubes y la mirada fatigada por el detalle minucioso de las flores.

## TERCER RECUERDO.

Al cuidado del pequeño jardín de albahaca y yerbabuena dedicaba mi madre, repito, parte de la mañana y de la tarde, pero este cuidado no ocupaba todo su tiempo, que lo empleaba en otros menesteres de la casa. Mi padre era cantero, y no marino retirado de vejez, como informan personas poco enteradas de su vida, aunque gustaba de las cosas del mar. Había viajado por toda España en compañía de su guitarra y de mi madre. En ciertos momentos de alegría, por no se qué espontánea celebración de bodas o nacimientos, descolgaba la guitarra, que se me antojaba el péndulo de un antiguo reloj de madera, la afinaba en acordes breves y valientes, y comenzaba con sus dedos el brocado de ritmos de una malagueña o una següilla. Mi madre había gozado de fama de fina cantora de malagueñas, y solía sentarse al lado de mi padre, a punto de estar afinada la guitarra, y cantar. Me ha entristecido siempre de mis hermanos que no hayan heredado de mis padres este cariño por lo popular. Quiero confesar que recuerdo algunas de estas coplas, que tengo por la mejor poesía... por la más sabia y lírica.

## CUARTO RECUERDO.

Como mi padre era más severo que mi madre, cuidaba de ser comunicativo al regreso de sus largas ausencias. De sobremesa, relataba menudos hechos ocurridos durante sus viajes... Cierta día, internado en los montes, estuvo a punto de maltratar con sus pies un nido de huevos de codornices, que "eran como terrones de azúcar"; otro, trasplantó tal o cual retoño de un arbolillo precioso que podía ser útil y bello en casa, cuyas propiedades mejores encarecía. Nos hablaba, también, de los frutales, asombrado aún de la fecundidad de los trópicos, y de su potro, "blanco como la leche, y espumoreado de canela". En uno de sus viajes, como premio, y encareciendo la holganza a su lado, me llevó a las canteras. Ya en marcha el tren, comenzó a instruirme de lo que debía hacer durante las vacaciones y a darme detalles más valiosos y precisos de la vivienda. A nuestra llegada, de noche, me mostró la casa y me autorizó a comer las chucherías que guardaba en la fiambrega. Para que no extrañara el cariño de mi madre, cuidaba de arbrarme de madrugada y despertarme con el alba, "porque era más saludable", al son de alboradas y copillitas alusivas. Una mañana, mientras le miraba afeitarse, le confese que siempre me había parecido a mi un acto doloroso y de cierta dureza y crueldad. Sólo insinuó que era propio de hombres. Cuando terminó, tomé en mis manos el espejo cóncavo, de aumento excesivo. Como veía detalles insospechados de mis ojos, dije que eran mayores que los de mis hermanos. — "Los niños nacen con los ojos grandes, limpios y despiertos, porque tienen que ver las cosas por primera vez", aseguró sin gravedad ni importancia. Desde aquel momento, comencé a gustar de la compañía de mi padre.

## QUINTO RECUERDO.

Si me he detenido a contar mi salida al campo es porque el recuerdo cierto de la emoción que me produjo internarme en el paisaje por vez primera, ver levantar el vuelo, sorprendidos, a pájaros de vistosos plumajes de fiesta y alegría, o bien enlutados y tristes como árboles chamuscados, vadear el río por un camino de lajones y asomarse al espejo de sombra de los pozos, permanece demasiado presente en mi memoria para ocultarlo a la curiosidad ajena. Cuando me aventuré una mañana a recorrer las cercanías de la vieja casona, olorosa de cortezas abrasadas, regresé a poco, intimidado por la soledad. Al acercarme al brocal del pozo, en otro intento de salida y alijamiento, oí las voces de mando de los boyeros distantes, huecas y fatigadas de rondar aquella prisión de musgo. La imagen de la columna de agua se dramatizaba a medida que la luz violeta del poniente recortaba su silueta de piedra renergida. El pozo verdinegro, rondado de voces inciertas, que coplaba al vuelo de las aves, y refrescaba, sin deformarlo, el cielo caliente del verano, ofreció a mi espíritu una dualidad de repulsión y mágico encantamiento, que fui venciendo en sucesivas y tímidas visitas diarias, hasta lograr afirmar mis pies, un poco más, en aquel plano inclinado de irremediable y ciego impulso hacia su centro y profundidad. Recuerdo haber soñado que trataba de asirme de sus piedras más afiladas y salientes, en tanto que la yedra estrechaba su círculo y me ahogaba. Aún no sabía en mi niñez que hombres tan magníficos como San Juan y San Poppilio han sido canonizados por el milagro de hacer crecer las aguas hasta el borde del brocal, para rescatar así una tierna criatura.

## SEXTO RECUERDO.

Mi hermana mayor se llamaba Ana María como mi abuela materna. Se educó, conjuntamente con mi hermana menor, que aún vive, en un internado de monjas.

A poco de terminar sus estudios, casó. Había nacido en la vega de Granada. Alta, de natural afable, y muy vivaz de espíritu, tanto que la recuerdo delgada y ágil, aunque a todos pareciera mas bien gruesa de cuerpo. De mi madre heredó la tradición de nuestra larga familia, y era muy hábil y hacendosa. "Todo lo que tocaba se animaba de gracia y de vida"... "Tenía las manos divinas y milagrosas de mi abuela"... Así decía mi madre en su ausencia. Quiso, y residí siempre, cerca de nosotros, como si temiera emanciparse de las influencias y consejos de mi madre, que pronto la ayudó en todo lo necesario de la canastilla de su hijo. Su hogar, aunque distinto, se asemejaba al nuestro. Tuvo ella también un pequeño jardín, formado por parte de las macetas de mi madre, que era tema de conversación y de mutuos regalos. Prefería el lino almidonado a otros tejidos de seda o lana. Su casa era aireada, limpia "como un sol" y fresca. Mis visitas se hicieron frecuentes, porque mi hermana encarecía su bondad para curar o mejorar mi desgano y palidez. A las preguntas de mi madre, respondía que comía y reposaba mejor. Siempre gusté de su compañía y trato, aunque la ausencia de lo familiar mío me obligaba a una flexibilidad de costumbres que me limitaba los primeros días. Durante dos años viajó mi hermana por el norte y sur de España, y visitó y conoció, tan sólo, los padres de su marido, que "vivían sin arte y sin gracia". Conviene repetir que mi hermana era andaluza de nacimiento y costumbres. A su regreso, pasado algún tiempo, murió mi madre. Enlutada murió ella poco después, de mañana también, y con el corazón dolido, como mi madre. No quisiera más a sabiendas que permanecía viva en mí. Vivió y murió cerca de los rosales.

#### SEPTIMO RECUERDO.

El director de la escuela era seco y alto, pálido y sensible. Mis condiscípulos lo tenían por un hombre agrio y frío. Dedicaba especial atención mi profesor, grueso y de mejillas acarminadas como manzanas frescas, al dibujo y los trabajos manuales: cosas útiles que hacíamos de madera de cedro y pino. Anejo a nuestra sala de estudios, explicaba sus lecciones, con voz más alta que clara, un viejo profesor de barba cana y amarillo perfil. Usaba bastón grueso, de naranjo, con anilla de plata labrada. A veces, cuando un alumno contravenía su voluntad de dédmine, esgrimía enferecido una larga varilla de ébano que guardaba en el escaparate, y corría tras él por el salón, con agilidad poco común en hombre de edad tan avanzada. Su pequeña vida le asomaba a los ojos como una llama blanca, débil, que se iba apagando, día a día, frente al mismo pizarrón, en su repetido fondo negro tiznado de yeso. Con el tiempo, este anciano vestido de alpaca, encorvado y macilento, fué haciéndose más dulce, lento y consoecente, hasta que murió. Desde su aula, que recordaba con aire de ancianidad venerable la esencia del profesor, se veían las azoteas y la torre del campanario de la iglesia cercana. Al final del curso, visitaba mi madre la escuela para informarse, en conversación aparte con el profesor, de mi conducta y aplicación durante los meses de clases, y me ayudaba a llevar a casa mis trabajos de carpintería, que apreciaba y conservaba como recuerdos de mi niñez. A cambio de estos juguetes de madera en blanco me entregaba otros, pintados y relucientes, que pronto descomponía con el propósito de mejorar una pieza cualquiera de su mecanismo, inadecuada y deficiente a mi entender. Recuerdo que era más realista que imaginativo en mi gusto por los juguetes. Apoyado en esta supuesta realidad me daba a crear una vida más propia y soñada.

#### OCTAVO RECUERDO.

A mi natural despreocupación y desentendimiento sucedió un interés más intenso, una curiosidad más directa por la vida. Mis padres cuidaban siempre de

anticiparse o entregarse a la realidad de lo cotidiano. Este interés ocupó pronto el sitio de los gooces y contrariedades de mi niñez. Os hablo de los diez años, cuando la piel aún tierna me aislaba menos y andaba con los sentimientos a flor, dependientes de las variaciones de clima y arboles, de nubes, sin que pudiera ajenarme con su limite fiijo de aire, de mar, de árboles, de nubes, sin que pudiera ajenarme de las voces de los claustros y de los viejos corredores derruidos. Mi vida se adormecía al paso de la lluvia. Bajo ella, se quejaba mi alma por no sé qué heridas secretas de mi sangre, demasiado fresca entonces para trasoír el roce del agua en las paredes y cristales. Mi casa era antigua, de muros gruesos, trabajados por el tiempo, de extremada belleza de tonos. A medida que me cercaba la música del agua, sentía el corazón en reposo, perdido en una lejana y fría luz, arrebujado, mecido, pulsado por la lluvia, sin un deseo que moviera mis manos heladas. Nada podía distraerme de aquella llamada imprecisa y extraña, que suscitaba la languidez y el recuerdo. Durante la lluvia, permanecía en silencio, asomado al patio para verla elevarse, rebotar y caer. Recostado en el poyo de la ventana, contemplaba los rosales golpeados insistentemente, hasta que volvía a animarse, poco a poco, la llama de mi carne. Este efecto mágico de sentir despertar la vida en torno mío, pasada la hora de la lluvia, ha desaparecido, aunque lentamente, con el tiempo. Si os hablo de él es con la ayuda fiel de mi memoria.

RAMON GUIBAO.

LA SOCIEDAD  
CORAL DE LA HABANA

a los nueve años de labor ininterrumpida, en conciertos y Fundaciones corales, reafirma su ideario musical como Coral de Cámara, con sus cuarenta y cinco cantores.

La Sociedad Coral de la Habana

en sus futuras actividades se consagrará casi totalmente a la Polifonía sagrada y profana, al Madrigal, la Cantata y el Oratorio, alternada con obras corales románticas y modernas, expresamente escritas para esta clase de organizaciones. Mantendrá en su repertorio el Folklore de elevada calidad artística, cubano y extranjero.

LA CORAL DE LA HABANA

inicia una reorganización total para la próxima temporada

Fundada y dirigida por  
María Muñoz de Quevedo.

Pruebe los exquisitos dulces  
en conserva de

La Rosareña

de

RUIZ Y HNO.

Elaborados con las mejores frutas  
del país.

SON LOS PREFERIDOS  
DE NUESTRA SOCIEDAD

Visite

LA LIBRERIA  
DE TOMAS RODRIGUEZ  
en Obispo y Compostela,  
especializada en libros de  
las mejores publicaciones  
— suramericanas —

NOVEDADES  
PRECIOS MODICOS

Cortesía

de la

Standard Mills  
Inc.

San Ignacio  
y Empedrado